

al aventurero miserable que os inspira confianza, y que será ante la historia Napoleón el Pequeño o Cartouche el Grande.

Ejército, de ese modo tu sable hiere a traición al juramento, al deber, a la lealtad guerrera, al derecho conculcado, a la revolución emprendida en este siglo; al progreso, al porvenir, a la República santa, a la santa Libertad.

Para que ese pigmeo todopoderoso pueda sujetar más y más a tu patria, que tú martirizas; para que pueda sentarse sobre un montón de cadáveres; para que pueda presidir ese vil la orgía inmunda y triunfal, que cubre la matanza y cuya boca exhala hedor de sangre.

## VIII

Puesto que así obró ese ejército, ¡oh Dios!; ya que fué sordo a la voz del honor; ya que han apagado en sangre la antorcha que encendisteis, Señor, para la Francia; ya que la conciencia entristecida no encuentra un santo refu-

## LIBRO TERCERO

## SE HA RESTAURADO LA FAMILIA

## I

## APOTEOSIS

Meditemos. Es bueno que el espíritu se detenga ante semejantes espectáculos.

Una especie de cotorra tenía por percha un gran nombre; era un pobre diablo de príncipe, vestido de negro, al

gio; ya que el sacerdote en el púlpito y el juez en el tribunal adoran al triunfante, como verdadero y legítimo, y prefieren aliarse al crimen a sucumbir a la virtud; ya que son semejantes a mujerzuelas; ya que están degradados o muertos los que derrocaban Bastillas; ya que el honor mengua a medida que el César se crece; ya que en París ¡oh vergüenza! sólo se oyen mujeres gemir; ya que se carece de valor para acometer grandes empresas; ya que los antiguos arrabales, temblando como cobarde, aparentan estar dormidos, dadme ¡oh Dios! fuerzas para que yo, que soy un ser insignificante entre en casa de ese corso asesino y sacuda sobre él mis versos sombríos y llameantes, llevando allí la justicia en el alma y el látigo en la mano, y remanándome las mangas, sólo y terriblemente agitando los sudarios de los muertos con santo furor, como vengador tremendo, aplaste bajo mis plantas el cubil de la fiera, al imperio y al emperador.

Jersey, enero de 1853.

que el año 1815 dejó sin víveres; no tenía ni diez sueldos en el bolsillo, pidió prestadas cinco libras. Ahora vemos la escala gradual que ha ido subiendo. Desde cinco francos se elevó el billete de Banco firmado por Garat; ¡muy bien!; desde el billete de Banco dió un brinco ese saltimbanqui hasta el millón; desde el millón hasta el billón. Después tuvo carrozas, palacios, bailes festines, opulencia, se sentó a la mesa

del poder, y hoy se come a Francia. El fullero se convirtió en hombre de Estado.

¿Qué hizo para eso? Cometió un delito; más que un delito, un gran atentado, una horrible matanza, un tremendo crimen al que prestó juramento de fidelidad el Tribunal Supremo de Justicia. Se abrió el abismo con estrépito y en él desapareció la revolución, dejando tras sí olor de azufre. Romieu abre la trampa y dice:—«¡Ved el abismo!» ¡Viva Mascarillus! ¡Redoblen los tambores!

Entretanto los trabajadores viven vigilados por la amenaza del palo y encerrados en los arrabales; sobre París nievan ukases y el Sena se hiela lo mismo que el Neva. Pero el señor triunfa; se pasea, de prefectura en prefectura y de alcaldía en alcaldía, condecorado con el 2 de diciembre y con el 18 Brumario, llena de flores su carretela, especie de carro triunfal, feo, alegre, recibiendo los saludos y las reverencias de los polizontes. Después entra en el Louvre como emperador; parodia a Napoleón; lee la historia y estudia el honor y la virtud en Alejandro VI; se instala en el palacio del espectro de Médicis; se despoja un momento de su púrpura o de su casaca y se pasea alrededor del estanque, con su pantalón cosaco, distribuyendo satisfecho a los peces migas de pan, del que carecen los proscriptos.

Los cuarteles le adoran, los púlpitos le bendicen; tiene la Europa a sus pies, temblando bajo su trono. La fuerza de su reinado se la dan las mitras y las charreteras. Su trono tiene tres gradas: el perjurio, el asesinato y el robo.

Mármoles pétreos de Paros y de Carrara, antiguos héroes de las antiguas Repúblicas, dictadores del imperio latino, admirad al destino. Ved al nue-

vo dios que se encarama hasta el retablo del templo. Pueblo, míralo; contémplo, historia. Mientras nosotros, mártires del derecho, expiamos este crimen con los Pericles y los Escipiones, sobre los frisos que simbolizan las victorias, en medio de Césares arrastrados por panteras, vestidos de púrpura y ceñidos de laureles, entre águilas de oro y lobas de bronce, como un astro rodeado de sus satélites, entre los emperadores a quienes elevaron columnas, entre Augusto de tranquila mirada, y Trajano de frente pura, y en sitio más alto que ellos, se eleva Roberto Macaire con sus botas torcidas.

Jersey, diciembre de 1852.

## II

## EL HOMBRE SE RÍE

«El señor Víctor Hugo acaba de publicar en Bruselas un libro titulado *Napoleón el Pequeño*, y que encierra las calumnias más odiosas contra el príncipe presidente.

«Dícese que uno de los días de la semana próxima, un alto funcionario llevó a Saint-Cloud un ejemplar de ese libelo. Apenas lo vió Luis Napoleón lo abrió, lo examinó un instante con la sonrisa del desdén en los labios, y luego, dirigiéndose a las personas que le rodeaban, dijo, enseñándoles el libro:— «Señores, he aquí a Napoleón el Pequeño, escrito por Víctor Hugo el Grande».

(De un periódico adicto al Eliseo, en 1852).

¡Ah, tú acabarás por ladrar, miserable! Me apoderaré de ti cuando aun estabas limpiándote el sudor que te causó tu crimen execrable y triunfante; te puse el estigma en la frente, y ahora la

muchedumbre lo ve y te escarnece. Mientras el castigo te clava al poste, mientras la argolla te obliga a levantar la cabeza, mientras la historia, alentada por mí, te presenta tal como eres, exclamas: — «¡ No me remuerde la conciencia! », y te ríes de nosotros, bribón, y tu risa se ceba en mí; pero nada me importa, porque yo te aplico el hierro candente y veo humear tu carne.

Jersey, agosto de 1852.

## III

## FÁBULA O HISTORIA

Cierto día un mono flaco que tenía hambre se vistió con una piel de tigre; el tigre había sido malo, pero el mono fué tremendo, creyendo que la piel de tigre le había transmitido el derecho a ser feroz, y se puso a gritar, rechinando los dientes: — « Soy el vencedor de los juncales y reino durante la noche. » Como bandido de los bosques se apostó entre las malezas, y tras ellas cometió rapiñas y asesinatos, degolló a los viajeros, devastó el bosque, hizo mucho más que un tigre. Vivía en un antro entregado a la carnicería. Al verle la piel todos le creían una fiera, y él gritaba, lanzando espantosos rugidos: — « Mirad qué llena está de huesos mi caverna. Ante mí todo tiembla y retrocede lleno de terror; soy un tigre real. » Los animales le admiraban y huían de él. Pero le salió al paso un valiente domador, lo aseguró, y desgarrándole la piel, puso al descubierto al terrible vencedor y le dijo, aplicándole un puntapié: — « ¡ Anda, no eres más que un mono! »

Jersey, septiembre de 1852.

## IV

¿ Van a reinar en el mundo los más abyectos, los más miserables y los más pigmeos?... ¿ No nos bastaba con tener príncipes verdaderos, cuyo cetro de oro insultara al cielo, que es necesario que reinen reyes malvados por la gracia de Dios?...

¿ Aparecerá un advenedizo provisto de un título superior de bastardía, un hijo del acaso, cuyo nombre fué un robo y cuyo nacimiento fué una falsedad, y astuto y altanero entrará en la familia de Braganza, en la de Austria o en la de Este, gracias a la ficción legal del derecho romano, *is pater est*, etc., etcétera, y exclamará a voz en cuello: — « Yo soy Borbón, yo soy Bonaparte », y dirá con cinismo: — « Yo soy el ilustrado vencedor », sin que los hombres de razón ni las almas bien templadas devuelvan a Curcio ese monarca de cera.

Ese agosto pordiosero, ese bribón coronado que debiera arrastrar una bala sujeta al pie y pudrirse en el fondo de la bodega de un pontón, obliga a la Europa entera a que le dé los títulos de majestad y de emperador, y se ataca el mostacho sin que lo abofeteen, sin que lo echen de Saint-Cloud...

Ya hemos logrado tener paz, exclaman muchísimos bienaventurados; esto es innegable. El tres por ciento de Dios y Mandrín es su profeta. Reimerced a nuestros votos, y *vox populi*. — Os comprendo; la ignominia es un hecho consumado. Pero, ¿ quién votó? ¿ Quién guardó la urna? ¿ Quién verificó el escrutinio? ¿ Tuvo alguna participación la ley en este escandaloso

juego de manos? ¿ Dónde se hallaban entonces la razón y la libertad?

¿ Qué me importa que hayáis votado? Votó el rebaño a quien el miedo obliga a pacer entre el sacristán y el guardia rural; votasteis los que, llenos de terror, veáis que se abrían las mandíbulas de la hidra para devoraros a vosotros con vuestras casas y propiedades; votasteis los volterianos, los vividores, los libertinos, los santos varones, que confundís a Dios con la orgía y con el festín, y que lo mismo os da tomar la defensa del cielo como el talle de una prostituta; votasteis los que contempláis embobados las horcas de Austria, los agentes de la Bolsa, que sois fulleros y que consentís en que os hagan trampas; votasteis los inútiles, los leones transformados en conejos; votasteis, en fin, los imbéciles, para quienes ese hombre es un salvador; los corderos de Panurgo, que imitan todo lo que ven hacer. ¿ Y suponéis que vosotros constituís la Francia, que sois la representación del pueblo y que tenéis derecho para imponernos un amo?

Pues ese derecho, tenedlo entendido, ni Francia ni el pueblo mismo lo tienen.

La verdad no puede quemarse ni reducirse a ceniza; la libertad no es un vestido viejo que se vende, echado sobre un trasto viejo o colgado de un gancho en casa del ropavejero. Cuando un pueblo se deja coger en el lazo que le tienden, el derecho sagrado, que es siempre fiel a sí mismo, halla una fortaleza en cada ciudadano, que llega a ser ilustre desafiando al vil conquistador, y el hombre más ruin del pueblo llega a ser el más grande. Adorad, pues, necias criaturas, ese estercolero que se oculta bajo el dosel de brocado, ya que queréis vivir en el cieno y en la podre-

dumbre, que el hombre honrado retrocede y se aleja de tanta miseria. Yo no puedo descender adonde los demás han descendido. El honor no se debe abdicar. Nadie tiene derecho a privarme de la libertad, que constituye mi tesoro y mi cariño. El mundo ciego no tiene derecho a la luz. Aunque en él existiesen cien millones de esclavos, yo permanecería libre. Así habla Catón.

En la frente del hombre que no quiere doblar la cerviz circula la noble sangre de nuestros mayores, y viven en él la virtud, la dignidad, la justicia, la historia y la nación esplendorosamente. Para sostener el templo basta un pilar. Un francés es la personificación de Francia como un romano personifica a Roma. El que destruye un pueblo cae a los pies de un solo hombre.

Jersey, noviembre de 1852.

## V

## QUERELLAS DEL SERRALLO

¡ Cielo! tras de los esplendores que poco tiempo ha irradiabas, Libertad santa; tras aquellas grandes guerras, torbellino inaudito; tras aquel Marengo que brilla en el mapa y ofusca a Tácito con el primer Bonaparte; tras aquellos mesidores, prailales y frimarios y tantos prejuicios, hidras y quimeras sepultadas para siempre; tras de los cetros reducidos a cenizas, las Bastillas convertidas en polvo y los troncos en llamas; tras aquellos terribles rayos caídos sobre tan altas cimas; tras de aquellos gigantes y colosos que, a pesar de Dios, se encarnizaban como perros rabiosos cuando Dios les decía ¡ basta! ; tras de tu océano, república francesa, por el que nuestros padres vieron pasar

el Noventa y Tres como un Léviathan ; sacerdoté, preguntó : «¿Quién es ese tras dé Dantón, Saint-Just y Mirabeau —aquellos grandes hombres, aquellos titanes—contempla de esta Francia, donde nos encontramos, el embrión infinitamente pequeño, monstruoso y feroz, y en la gota de agua las guerras de los volvoques contra los vibriones. ¡Qué vergüenza ! Francia, hoy día, he aquí lo que te interesa : saber si es a Maupas o a Morny al que prefieres allá arriba, en el palacio. ¿Quién ganará? El uno cuenta con las mujeres ; el otro con los lacayos.

Jersey, enero de 1852.

## VI.

## ORIENTAL

Cuando Abd-el-Kader desde su calabozo vió entrar al hombre de ojos pequeños que la historia apellida el *Bellaco* y Troplong Napoleón III, cuando vió venir desde su ventana, seguido del grupo de sus servidores, al hombre de mirada torba del Elíseo, él, el salvaje del desierto, el sultán nacido bajo las palmeras, el camarada de los rojos leones, el hadjí terrible de ojos apacibles, el emir meditabundo, feroz y dulce ; el sombrío y fatal personaje, el espectro pálido de blanco albornoz que, saltando, ebrio de sangre, iba a caer de rodillas ante su abierta tienda y oraba tranquilamente a orillas del camino, mostrando a las estrellas sus manos tintas de sangre humana ; el que daba de beber a las espadas y que, visionario misterioso, sentado sobre las cabezas cortadas contemplaba las bellezas del cielo, al ver aquella mirada maligna y traidora, aquella frente que la vergüenza obscurcía, él, el valiente soldado y el buen

hombre?» Ante aquella vil máscara de grandes bigotes, vaciló ; pero le dijo :—«Mira, emir, pasar las antorchas. Ese hombre es el César bandido. Escucha los amargos llantos y los clamores que van en aumento. Ese hombre es maldito para las madres y para las hijas. A unas deja viudas, a las otras las desgarras el corazón. Cogió a Francia y la mató ; ahora roe su cadáver.» Entonces el emir saludó. Pero en el fondo de su mente, despreciaba al ensangrentado falderillo. El tigre olfateaba con desdén al lobo.

Jersey, noviembre de 1852.

## VII

## EL BUEN BURGUÉS EN SU CASA

«Pero ; qué feliz soy de haber nacido en China ! Poseo una casa para albergarme ; no me falta con qué comer y beber, no carezco de las comodidades de la existencia, tengo vestidos, sombreros y una infinidad de adornos. Soy verdaderamente feliz. (TIEU-KI-CHI, *literato chino.*)

Hay ciertos individuos de la clase media que son más amigos de Criseo que de Catón de Utica ; que prefieren a todas las cosas la renta y el cupón ; que bogan por la Bolsa con un arpón en la mano ; que quieren pasar por hombres honrados ; que aceptan a Falaris, por afeción a su cajá y al toro de bronce ; por el becerro de oro, que votaron ayer y que volverán a votar mañana. Si cae en sus manos algún ejemplar de este libro, con los pies apoyados en los morillos de la chimenea y fumándose un cigarro, cada uno de esos votantes dirá para su colete :—«Es chocante este libro, ¿con qué derecho

el autor es generoso, firme y digno, cuando vengáis el juramento y el derecho, pensad que os colocáis entre el miserable que reina y el necio que vota ; y vuestra pluma de fuego, anárquica y demagógica, debe castigar, a la par, aquel crimen y esta cobardía.

## VIII

## ESPLENDORES

Ahora, ya no hay remedio posible, en el envilecimiento general que se arregle cada cual como pueda y que contribuya todo a formar esa corte, todo, excepción hecha del honor ; todo, excepción hecha de las virtudes. Haz vivir, anima y envíanos tus fetos y tus enanos monstruosos, anatomía ; tráenos, antiguo Egipto, tus cocodrilos y tus momias ; Shakespeare, préstales tu Falstaff ; Rabelais, da a esa corte tu Cancervero feroz ; Hoffmann, entrégales tu diablo ; Veillot, contribuye con tu ángel ; Scapin, trae a tu Geronte dentro del saco ; Beaumarchais, dale tu Bridoisón ; Balzac, tu Vautrín ; Dumas, tu Carconte ; Voltaire, tu Frélón, que habla o calla según corre el dinero ; Mabile, préstale las beldades de tu jardín de invierno ; Lesage, tu Gil Blas ; Gulliver, tu Liliput ; Scarrón, tu Bruscamille ; Callot, tu Scaramouche. Las tinieblas se emparejan en ella con el horror y lo malo con lo peor. Tácito, ya podemos crear un imperio ; Juvenal, ya podemos constituir un Senado.

## II

Pensadores, cuando marcáis la frente del hombre malvado, que de la ley sangrienta arrancó la túnica ; cuando vengáis al pueblo medio estrangulado, Ducos el gascón, Rouher el auvernés, con vosotros, judíos, Fould Shylock, Sibour Iscariote, Parien, Ber-

tránd, Bouchard y Barocle, cuyo apellido es un emético; criados solemnes, trapaceros majestuosos que dobláis servilmente el espinazo, convenid conmigo, todos los que yo he nombrado, en que Dios, en su suprema sabiduría, creó expresamente a ese hombre para reinar en Francia o en Haití. Y vosotros, creados para engrosar su partido, filósofos a quienes molesta el escozor que sufrís en la espalda, evadidos de presidio, salud al ser único y providencial, a ese gobernante caído del cielo, a ese César bigotudo que sabe apreciar las personas y los méritos, y que, príncipe admirable y gran hombre, hace senador a Poissy y subprefecto a Clichy.

## III

Cuanto más se ajuste al hecho la teoría de: «Abajo las palabras, abajo la ley, abajo la libertad y la patria»; cuanto más se rebaje, más se prosperará. Arrojemus al fuego la tribuna y la prensa, porque desde el Noventa y Tres las naciones están embriagadas. Pierden el tiempo los que pronuncian discursos y los que componen libros; el poeta es un loco de atar, el progreso es una ilusión, el cielo está vacío, el arte huero y el mundo muerto. El pueblo es un asno que se encabrita; no hay más derecho que la fuerza; doblemos las rodillas y ¡gloria al sable! Mueran los Washington y vivan los Atila.—No acertamos a comprender cómo hay gentes de talento que sostengan semejantes teorías.

Vayan a la corte todos los que carecen de corazón y de entusiasmo, los cojos del honor, los bizcos del alma, que para ellos se levanta el sol y ha nacido el Mesías. Está decretado y puesto en vigor; Francia está ametrallada, esta-

fada y salvada. El buho que se llama Traición ha puesto cómodamente los huevos en su nido.

## IV

Por todas partes triunfa la nada: para desgarrar nuestra historia, nuevas leyes y nuestros derechos, para devorar el porvenir de nuestros hijos y los huesos de nuestros padres, los animales de la noche salen de sus cubiles; sofistas y soldadotes echan sus redes; los Radetzky husmean con el hocico las horcas; los Giulay con piel de tigre, los Buol de cara verde, los Haynaou y los Bomba, giran rechinando los colmillos y con las fauces abiertas alrededor del género humano, que, pálido y acogotado, lucha por la justicia y por la verdad, y desde París a Pesth y desde el Tíber a los Cárpatos, hunden sus garras en nuestros sangrientos despojos.

## V

Gracias a los vencedores, es necesario rehacer cada voz del enorme diccionario en que Beauzée y Batteux vertieron los tesoros de su buen sentido gotoso. Ellos han encontrado el medio de bautizar las antiguas abyecciones del alma del hombre con un cúmulo de palabras nuevas; estas palabras son sus propios nombres. La hipocresía que camina con la vista baja, se llama Mentajaud, y vende a Jesús en su propio templo; la desvergüenza se llama Sibour; la traición, Maupas; el asesinato, bajo el nombre de Magnán, es senador; la cobardía se llama Hardouin; la mentira, Riancey, que llega de Roma y tiene la verdad encerrada en su pozo; la estultez tiene por nombre Mentlaville; Chapuis; la prostitución espontánea e

una princesa; la ferocidad tiene por nombre Carrelet; la bajeza se firma Rouher, y es su notario Delangle. Mu-

sa, registra esos nombres y clasifica a la justicia venal, que empieza en Par-tarieu y acaba en Lafosse.

Llamo a Saint-Arnaud, y el asesinato me responde: «Yo soy». Y para completar el luto y el espanto, el antiguo calendario substituye el día de San Bartolomé por el día de San Bonaparte. Apenas podemos dar crédito a nuestros ojos; nos sucede lo mismo que a París, que oye con respeto los sermones de Sibour y los latosos discursos de Troplong. Los dos Napoleones se unen como diptongos, y Berger entrelaza con iniciales atrevidas el bulevar Montmartre entre Arcole y Lodi. Espartaco se halla moribundo en mazmorra fétida; proscriben a Temístocles, destierran a Aristides y arrojan a Daniel a la cueva de los leones; mientras tanto abren el vientre a los millones.

Jersey, noviembre de 1852.

## IX

## VIDA ALEGRE

## I

Bribones, intrigantes, hombres poderosos, apresuraos a sentaros a la mesa de los goces, pero dejad puesto para todos; comed y bebed, que la vida es breve: todo el pueblo conquistado, todo el pueblo necio está a vuestra disposición.

Vended el Estado, talad los bosques, robad las bolsas, vaciad los receptáculos, cegad todos los manantiales, que ahora es el momento oportuno. Quitadles hasta el último céntimo a los alegres

y fáciles trabajadores de los campos y de las ciudades; arrebatádselos y gozad.

Entregaos a la orgía, a las franquichelas; nada importa que la familia del pobre agonice en su tugurio, extenuada, sobre un montón de paja. No importa que el padre temblando pida limosna en las noches de nieve. No importa que la madre, careciendo de pan, recorra las calles oscuras y que tenga secos los pechos con que ha de amamantar a su hijo.

## II

¡Millones! ¡Millones! ¡Castillos! ¡Lista civil! Recuerdo que un día bajé a los subterráneos de Lille; visité aquel tenebroso infierno, en el que yacen bajo tierra, en horrendas celdas, fantasmas pálidos y encorvados, porque la tortura retuerce sus miembros con manos de hierro.

Se sufre espantosamente bajo aquellas bóvedas; el aire parece que sea un tósigo; allí el ciego, caminando a tientas, da de beber al tísico; el agua se filtra allí por el suelo; el que entra en esos subterráneos casi niño a los veinte años, es viejo a los treinta, porque día por día la muerte va penetrando más en sus huesos.

Nunca allí se enciende fuego; la lluvia inunda la claraboya, y la vista en aquellos subterráneos, en los que la desgracia se encarniza con los trabajadores, ve pasar larvas errantes al través de la lívida claridad de las aspilleras.

El hombre se entristece allí pensando en la mujer; el padre siente en torno suyo la agonía de ver extinguirse la virtud; ve a su hija aparecer siniestra en el umbral de la puerta, y sin levantar los ojos del pan que ella le trae, no se

atreve a preguntarla: — «¿De dónde vienes?»

Allí duerme la desesperación cubierta de asquerosos harapos; allí el abril de la vida, sonrosado y espléndido para los demás, se parece al crudo invierno; la virgen, que es una rosa a la luz del día, en aquella obscuridad truécase en violeta; allí se arrastran en el horror la flacura del esqueleto y la desnudez del gusano.

Allí se estremecen, más abajo de las alcantarillas de las calles, grupos extenuados de familias, arrancadas a la vida y a la luz; allí, cuando yo penetré, feroz como una medusa, una joven, que parecía anciana, me dijo: — «Tengo diez y ocho años.»

Allí, la madre desventurada, sin tener siquiera paja para acostar a sus pequeñuelos, los mete en un foso que ella misma cava, y aquellos desdichados inocentes, de miradas puras, encuentran al venir al mundo una fosa en vez de una cuna.

Allí impera la muerte; allí he visto, con los ojos preñados de lágrimas, el estertor de un anciano producido por las penalidades; allí he visto a la joven de miradas hoscas, sin más vestido que su propia cabellera, y al niño espectro sobre el seno de la madre estatua.

De todos esos dolores proceden vuestras riquezas, príncipes; esas desnudeces sostienen vuestras abundancias; vuestro presupuesto chorrea y rezuma en gruesas gotas de las paredes de aquellos antros, de las piedras de aquellas bóvedas, del corazón de aquellos agonizantes.

Del engranaje horrible que se llama tiranía, del tornillo que aprieta el fisco desde el alba hasta la noche, constantemente, en este siglo, sale el oro pren-

sado, como de la uva aplastada sale el vino.

De esa miseria, de esas agonías, de la obscuridad en la que jamás aparecerá la esperanza a aquellas almas apenadas; de aquellos calabozos, llenos de amargura y de dolores, es de donde dimana vuestra regalada vida.

De ese montón de miserias terribles brotan los pesados y brillantes millones, que siembran el oro por el camino y se arrastran hacia los palacios y las apoteosis; salen de allí los millones alegres y coronados de rosas, pero tintos en sangre humana.

## III

Escanciad vino para que beban los señores. La orquesta toca alegremente; la fiesta cubre de tapices las paredes y las ventanas; la mesa está resplandeciente; sólo hay sombra bajo los pies; las puertas están cerradas; la prostitución de las vírgenes hambrientas llora aquella noche.

Los que compartís esas asquerosas delicias, soldados mercenarios, tribunos vendidos, jueces venales, obispo indecoroso, ¿no veis que la miseria gime en torno del Louvre donde estáis gozando?... ¡La fiebre y el hambre y la muerte os proporcionan esas voluptuosidades!

En Saint-Claud deshójanse los jazmines y las margaritas cuando juegan entre las flores el enjambre de favoritas. En el festín, que alegra una araña de mil brazos, se comen, con sus lindos dientes, un niño vivo.

Pero eso, ¿qué importa? Reid. ¿Acaso no habrá siempre quien se queje? ¿Para qué somos emperadores, prelados, príncipes y princesas, si no nos

hemos de divertir? ¡Ese pueblo que está triste, que llora, que muere de inanición, debe estar satisfecho de veros reír, de veros bailar!

Pero eso no os importa; lo que os importa es llenar los bolsillos y los cofres. Cantad y brindad con la copa en la mano; hartaos de comer, mientras el pueblo vive en la miseria, y celebrad espléndido banquete que neutralice el efecto que producen los que perecen de hambre.

## IV

Esos son los que te oprimen, pueblo; esos son los que huellan tu frente, que se erguía ayer altiva en formidable barricada y que regabas con sangre. Pueblo, el César se queda con tu dinero y te condena al hambre. ¿Acaso no eres el perro vil que, no obstante los palos que recibe tiene que caminar detrás de su amo? A él le corresponde la púrpura, a ti los andrajos; él debe gozar de la belleza de tus mujeres y de tus hijas, y tú debes contentarte con su deshonra.

## V

Tarde o temprano tendrán confirmación mis palabras. La Musa es la historia... ¡entretanto, reid, verdugos bufones!... Alguien te vengará, pobre Francia abatida, y algún día caerá el rayo del cielo y matará a los malvados.

Esos miserables, que son peores que los bandidos de las antiguas razas, roen al pobre pueblo con sus voraces dientes, sin compasión, desapiadadamente. Esos viles que carecen de corazón, pero que tienen dos caras, dicen con desprecio: — «El poeta se mece en las nubes...» ¡Es cierto! pero no lo es menos que de las nubes también sale el rayo.

Jersey, enero de 1853.

## X

## EL EMPERADOR SE DIVIERTE

## Canción

Para los expatriados, la Francia está muy lejos y la tumba muy cerca. Príncipe, preside esas orgías; caza mujeres en los teatros y ciervos en los bosques; Roma quema por ti incienso y los reyes te llaman primo. — Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*

\*

Los más castigados son los más dignos, y viven en el destierro o se abrazan en Africa. Príncipe, Compiègne está lleno de cisnes, corre por los bosques; Venus resplandece en sus jardines, y la bacante, con sus brazos desnudos, se ciñe la corona de pámpanos. — Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*

\*\*

Los forzados construyen un faro, arrastrando las balas sujetas a sus pies por la orilla del mar. Príncipe, entretanto tú, con numeroso séquito, al son de la bocina, persigues en los bosques los venados que acosan tus jaurías. — Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*

\*\*

El padre está encerrado en el presidio de Cayena y sus hijos perecen de

hambre; el lobo da de beber a la hiena; el de la mitra y el latrocinio brinda en su copón de oro por el hombre de la traición, y se ven brillar los ojos fosforescentes de los faunos, que lo presencian en su antro vecino.—Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*  
\*\*

Ruedan en el bulevar Montmartre los muertos mostrando sus heridas abiertas, mientras que en las mesas del festín, cubiertas con pieles de marta, saborean vinos y pasteles de Estrasburgo y de Chartres cien hermosas, brindando por el vencedor; cien beldades, que sonriendo lascivamente se les entregan.—Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*  
\*\*

Cautivos, morid de fiebre, que muriendo descansaréis. Entretanto, el emperador come, besa y abraza.—Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*  
\*\*

En Guyana, que es un calabozo que abrasa como un horno, muere el desterrado. Acuéstate satisfecho en el lecho donde se acostaron Luis XVI, el emperador y Carlos X; duérmete, mientras te aclaman y te aplauden.—Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

\*  
\*\*

Es horrible desgracia que un bandido feroz haya destruído nuestro porvenir. Hoy se celebran las grandes nupcias; la prometida sube en la carroza; César va a casarse. Pueblos, ¡cantad su epitalamio! Francia se casa con su asesino.—Toca hoy a fiesta, campana de Nuestra Señora, que mañana tocarás a rebato.

Jersey, diciembre de 1853.

## XI

—Senderos bordados de hierba y de flores, valles, ribazos, bosques frondosos, ¿por qué estáis silenciosos y tristes?

—Porque el que venía ya no viene.

—¿Por qué nadie se asoma a tu ventana, por qué no hay flores en tu jardín, dónde está el dueño de la casa?

—No lo sé; está en otra parte.

—Perro, vigila la casa.

—¿Para qué, si está vacía?

—Niño, ¿por quién lloras?

—Por mi padre.

—Mujer, ¿a quién lloras?

—Al ausente.

—¿Dónde está?

—En el destierro.

—Olas que gemís contra el escollo, ¿de dónde venís?

—Del presidio sombrío.

—¿Qué nos traéis?

—Un ataúd.

Julio de 1853.

## XII

Oye, Roberto, un consejo. Sé menos cándido, sé hombre de talento. El momento es propicio, y hay que aprovechar la ocasión cuando se presenta. Nadie ignora que esta California es rica en minerales; no obstante, cuando un prefecto, un alcalde y un obispo te adoren; cuando un Suín o un Parieu, contentos de tu fervor, te hablen descaradamente, llamándote salvador y prometiéndote un porvenir, que Fould y Magne te aseguren, parangonándote con César y con Carlo-Magno, acoge entonces estas proposiciones con un aire de buena fe que haga reír a las gentes sencillas. Con tus necedades afliges, querido príncipe, a tu tío Napoleón, y a mí, que soy tu padrino. No seas Jocrisse, después de ser Mandrin. Se coge a un pueblo por medio de un cepo; se roba un trono; pero el buen gusto exige no reírse solapadamente y no guiñar el ojo a los malignos. Llenemos los vasos y los bolsillos y riámonos. Francia se arrastra y se ofrece a sí misma. Seamos el hombre sagaz y prudente al que Júpiter entrega un cofre; apoderémonos de él y a reinar sin pérdida de tiempo. El Papa nos bendice; son nuestros primos el czar, el sultán, el duque y el rey, y fácil nos será fundar un imperio. Es tentador ser jefe de una raza.—¡Imbécil! ¿crees que esto durará? ¿Crees que una decoración de teatro es un palacio de granito? ¡No es posible que domines a París! ¿En qué Apocalipsis has leído que el pigmeo eclipse al gigante? ¿Crees que todos verán con satisfacción o con indiferencia que tu cínica fortuna aplaste a la revolución que promovieron nuestros padres? Pierde esa ilusión ha-

lagüena; cree si quieres en la virtud de Rosa Tamisier para hacer sudar sangre a la cruz; cree que Baroche no carece de alma, cree en la honradez de Deutz, cree en la lealtad de tu palabra, pero guárdate de creer que acabarás con felicidad, porque eso es imposible. Rosa Tamisier, Deutz, Baroche y tu juramento son de oro, pero tu cetro es de arcilla; Dios, que te ha embalado, ha escrito sobre ti: *Fragil*.

Jersey, mayo de 1853.

## XIII

Nuestros tiempos sirven a la historia de alcantarilla, y en ella está preparada la mesa, para vosotros; sobre sus manteles coméis alegres, mientras en otras partes, desnudos y cargados de cadenas, agonizan tranquilos y serenos: Sócrates en el Agora, Jesucristo en el Calvario, Cristóbal Colón en el calabozo y Juan Huss en la hoguera, y la humanidad derrama lágrimas sin atreverse a pasar ante los patíbulos en que yacen los justos y los sabios.—Se oye brindar a lo largo de las edades, entre vinos, manjares y candelabros, sentados en cojines, embriagados y felices, al espantoso rebaño de sátrapas; por allí se oye reír y cantar, rodeados de mujeres, que coronan con flores sus ignominias, adoptando las mil actitudes de la lascivia, dejando que los perros y los pueblos royan huesos debajo de la mesa; allí se ven a todos los hombres repugnantes, príncipes del azar encenagados en el vicio, a todas las altezas ventrudas, a toda la abyección y a toda la glotonería, desde Cambacères hasta Trimalción.

Jersey, febrero de 1853.

## XIV

## A PROPÓSITO DE LA LEY FAIDER

Lo que se llama Carta o Constitución es un antro que el pueblo revolucionado cava en el granito, por parecerle que allí está más resguardada y segura. Con regocijo el pueblo encierra en esa fortaleza sus conquistas, sus derechos, sus progresos y su honor, que consiguió tras infinitos sacrificios. Para conservar esos tesoros instala en el soberbio cubil a la fiera Libertad, para que allí sacuda la melena. Terminada esta construcción, calmado el pueblo, vuelve al trabajo y a sus campos, orgulloso de haber recuperado sus derechos, y apacible se duerme pensando en ellos, sin preocuparse de los ladrones que atisban dicha guarida en la obscuridad. Al despertarse por la mañana, el pueblo va a ver su Constitución donde la guardó, y observa que el antro augusto lo han convertido en nicho, y en vez de un león se halla con un perro.

Jersey, diciembre de 1852.

## XV

## EN LA ORILLA DEL MAR

HARMODIUS.—La noche descende. Venus brilla.

LA ESPADA.—Harmodius, ya era hora.

EL HITO.—El tirano va a pasar.

HARMODIUS.—Tengo frío; entremos.

UNA TUMBA.—No te muevas.

HARMODIUS.—¿Quién eres?

LA TUMBA.—El sepulcro. Ejecuta tu intento o muere.

UN BUQUE EN EL HORIZONTE.—Yo también soy el sepulcro, que llevo a los proscritos.

LA ESPADA.—Aguardemos al tirano.

HARMODIUS.—Tengo frío. El viento que hace es glacial.

EL VIENTO.—¡Paso! Mi ruido es una voz. Voy sembrando en el espacio los gritos de los desterrados que expiran en la miseria; que sin pan y sin abrigo sin amigos y sin familia, mueren marchando hacia Grecia.

UNA VOZ EN EL AIRE.—¡Levántate vengadora Némesis!

LA ESPADA.—Este es el momento, aprovechémonos de la noche, que es una pieza a extender sus sombras.

LA TIERRA.—Estoy sembrada de cadáveres.

EL MAR.—Me enrojece la sangre. Los ríos me han traído multitud de despojos humanos.

LA TIERRA.—Los muertos arrojan sangre mientras adoran su sombra, cada paso que dan siento en mí que se agitan confusamente.

UN FORZADO.—Soy un presidiario, arrastro esa cadena por no haber dado asilo en mi casa a un pobre desterrado que huía y era un buen ciudadano.

LA ESPADA.—No le hieras en el corazón, porque nada encontrarás en el pecho.

LA LEY.—Yo era la ley, ahora soy un espectro; él me mató.

LA JUSTICIA.—Yo era una sacerdotisa y él me prostituyó.

LOS PÁJAROS.—Ha absorbido el agua del cielo y emigramos.

LA LIBERTAD.—Yo me voy con ellos.

Grecia, tierra sin luz, ¡adiós! ¡adiós!

UN LADRÓN.—Nosotros admiramos ese tirano, porque ese señor, que el juez respeta y el sacerdote reverencia, que aclaman en todas partes, se parece más a nosotros que a las personas honradas.

EL JURAMENTO.—¡Dios es poderoso; enmudezcan todas las bocas! La confianza murió y los hombres mienten. Soplad, vientos de la noche, y llevaos el honor y la virtud, que únicamente son ya sombrías quimeras.

LA PATRIA.—¡Hijo mío, estoy cargada de cadenas! ¡Hijo mío, soy tu madre y desde mi encierro extendiendo hacia ti mis brazos suplicantes!

HARMODIUS.—Es necesario herirle por la noche, cuando entre en casa, bajo este cielo sombrío, ante estos mares inmensos; darle de puñaladas ante la sombra sin confines.

LA CONCIENCIA.—Puedes tranquilamente matar a ese hombre.

Jersey, octubre de 1852.

## XVI

## NO

Dejemos la espada a Roma y el puñal a Esparta; la prisa de castigarle no haga que se apodere el espectro de Bruto del bandido Bonaparte; dejemos que le castigue su porvenir infausto.

Quedaréis satisfechos, cautivos, proscritos y mártires que ahora sufrís; todos los que gemís quedaréis vengados.

El crimen no perdona jamás al criminal, pero no precipitad vuestra venganza: esperad; tened fe en las órdenes que Dios dicta, que Dios no es un juez impaciente, y se las da al tiempo, que es tardío verdugo.

Dejemos vivir al traidor en su insondable abyección. Su sangre deshonraría el puñal más vil. Dejemos que venga el tiempo, ese desconocido temible que le ha de castigar.

Reina porque es el peor; por eso es señor de cerebros abyectos y de embrutecidos corazones. Transmitiría a su raza el imperio y el Senado, si hallase mujer que le diera hijos.

Que le hagan reinar la mitra y el sable; que le eleve al solio imperial su flagrante delito; que la Iglesia, como una cortesana vil, le reciba en su lecho.

Que Troplong le admire, que Sibour le venera, que obligue a sus cortesanos a que le besen los pies manchados de sangre. Dejad que viva ese César. Loubel o Lacenaire se rebajarían dándole la muerte.

Triunfaremos con ayuda de la Omnipotencia. Los ejemplos fríos son preferibles a los arranques de furor. No, no le matéis: las infames picotas pueden envalentonarse si las honra un emperador.

Jersey, octubre de 1852.